

Santa Magdalena Sofía Barat

Buenas noches a todos.

Quiero aclarar desde el principio, como le dije a Marie Pierre cuando me propuso hablar de santa Magdalena Sofía Barat: no soy una experta en su vida. No tengo un conocimiento académico de su carisma, y solo este verano me encontré poniendo en orden, a la luz de un conocimiento más profundo, mi experiencia de vida con la Santa. La mía, por tanto, será más bien un testimonio.

Un vínculo que viene de lejos

Diría que mi conocimiento de Magdalena Sofía tiene su origen en mi ADN. Mis dos abuelas, una de Nápoles y otra de Florencia, fueron alumnas del Sagrado Corazón en sus ciudades. Y ya se sabe: las abuelas son las abuelas, para los nietos de todas las generaciones. Yo, que llevo el nombre de ambas, María y Amalia, no pude sino respirar en casa una cierta manera de ser mujer, esposa y madre.

Magdalena Sofía estaba convencida de que la sociedad podía renovarse a través de las mujeres. En la Conferencia de Pentecostés de 1834 decía:

«La generación futura debe ser regenerada por las mujeres.»

En una época en que a la mujer se le pedía sobre todo que permaneciera en su lugar, ella quiso educar a sus alumnas para ser «ciudadanas del Reino» y, a la vez, «ciudadanas del mundo»: mujeres libres, cultas, responsables del bien común. Mis abuelas fueron forjadas, al menos un poco, así: un conocimiento, una capacidad crítica e intuitiva toda al femenino, que para mí ha sido siempre una gran inspiración.

La semilla que florece después

Cuando mis padres, que vivían en Roma, tuvieron que elegir el colegio para mí y luego para mis hermanos, no eligieron el Sagrado Corazón solo por mis abuelas: para ellos, jóvenes trabajadores en una ciudad nueva, el Sagrado Corazón era una garantía.

Lo frecuenté hasta el final de la secundaria básica, y luego continué mis estudios clásicos en un instituto público. En mis años de alumna del Sagrado Corazón, aunque feliz de seguir las huellas de mis abuelas, no creo haber comprendido del todo el valor del proyecto educativo en el que estaba inmersa. Lo comprendí años después, en el paso al instituto público y luego ya de adulta: la semilla plantada floreció más tarde.

Esto, ahora que enseño en el Sagrado Corazón, me consuela mucho. ¡Cuántas semillas plantamos con esfuerzo sin que se nos conceda ver enseguida sus frutos! Por lo demás, Magdalena Sofía miraba a cada alumna como «un jardín que hay que cultivar con paciencia».

En los años de la universidad, la imagen de Mater Admirabilis, tan querida por mis abuelas, permaneció siempre en mi corazón; y a ella volví más adelante en la vida. El Sagrado Corazón me condujo a María: una semilla nada indiferente, fruto de un proyecto educativo que trabaja en silencio, día tras día, en el surco de la historia.

Desde los tiempos de Magdalena Sofía, y desde los tiempos de mis abuelas, muchas cosas han cambiado: la escuela femenina se ha abierto a los chicos, ha cambiado la estructura de las instituciones escolares. Pero ¿ha cambiado el corazón del proyecto? Creo que no. Ella misma pedía, en 1864, revisar y completar los planes de estudio, pero «sin sacrificar nunca nuestro fin principal a las tendencias del siglo». Las formas cambian; el corazón permanece.

El regreso, como docente

Volví a esta escuela como consagrada, con el deseo de enseñar, y como antigua alumna encontré enseguida las puertas abiertas. Lo digo con sencillez: no había pensado en absoluto en enseñar en un colegio concertado, ni en el Sagrado Corazón. Pensaba en la escuela pública, en un contexto social más variado. Pero, como sabéis, nosotros hacemos proyectos maravillosos y Dios los deshace.

Fue en esta fase cuando quise profundizar y entender qué había detrás del proyecto, detrás del corazón. Como docente, experimenté el entrar en la *ratio* de esta pedagogía, y encontré una escuela guiada de una manera que me conquistó.

A Magdalena Sofía le gustaba repetir:

«La educación debe abarcar todo el ser: el espíritu, el corazón y las manos.»

Ya en el Plan de educación de Amiens, en 1808, pedía que la instrucción formara «cabezas bien hechas y corazones bien dirigidos», anticipando en casi dos siglos esa «cabeza bien hecha» de la que habla hoy Edgar Morin. Su inspiración venía de la *Ratio studiorum* de los jesuitas, pero repensada con una sensibilidad toda femenina: cuidar la inteligencia, cuidar a la persona con los buenos hábitos, educar también para el trabajo concreto, siempre para que cada una creciera libre y responsable.

Y había comprendido, con gran modernidad, que una escuela así no se sostiene sobre una sola persona. Desde 1826 quiso una maestra general de estudios a la que todas las profesoras pudieran dirigirse, luego inspectoras, luego escuelas normales para formar nuevas maestras. Decía que la obra educativa no pertenece a una sola religiosa, por buena que sea, sino a todas, en «un concierto recíproco y en el más perfecto acuerdo». Es precisamente lo que he encontrado aquí: una comunidad educadora.

De corazón a corazón

Cor ad cor loquitur, «el corazón habla al corazón», era el lema de san John Henry Newman, a quien el papa León XIV proclamó el año pasado Doctor de la Iglesia y copatrono de la misión educativa, junto a santo Tomás de Aquino; y es también el santo de mi familia oratoriana. «De corazón a corazón» es exactamente el corazón

del método de Magdalena Sofía.

Ella funda la Sociedad del Sagrado Corazón en un contexto dramático. Tenía diez años cuando estalló la Revolución francesa: vio perseguir a los sacerdotes, destruir las iglesias, profanar los sagrarios; su hermano Luis acabó en la cárcel y escapó por casualidad de la guillotina. De ahí nació su convicción: la fe se salva formando las conciencias. Y en lugar de huir del mundo eligió educar. Nosotros, en cambio, decimos a menudo que nuestros tiempos son los peores.

Sobre esto siempre me viene a la mente Newman:

«Pero en verdad todo el curso del cristianismo desde el principio, cuando lo examinamos, no es más que una serie de problemas y desórdenes. Cada siglo es semejante a todos los demás y a quienes viven en él les parece peor que todos los tiempos que lo han precedido. La Iglesia está siempre enferma y se arrastra en la debilidad, "llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en su cuerpo". La religión parece siempre en vías de extinción, los cismas dominantes, la luz de la Verdad tenue, sus seguidores dispersos. La causa de Cristo está siempre en su última agonía, como si fuera solo cuestión de tiempo que fracasase definitivamente, hoy o cualquier otro día. Los santos parecen siempre a punto de desaparecer de la tierra, y Cristo siempre a punto de volver; y así el Día del Juicio está literalmente siempre al alcance de la mano; y es nuestro deber estar siempre vigilantes, sin desilusionarnos por haber dicho tantas veces "ahora es el momento" y porque al final, contrariamente a nuestras expectativas, la Verdad se haya levantado de algún modo.»¹

La misión hoy

Hoy la misión en el Sagrado Corazón tiene dos rostros. Por una parte, educamos a jóvenes en situaciones muy similares a las de mis abuelas y las de las jóvenes de Magdalena Sofía: hijos de familias sólidas, que nos eligen y con las que hay un gran diálogo educativo.

Por otra parte, hay alumnos en quienes, cada día, contemplamos el Corazón de Jesús: chicos que lo tienen todo y no tienen nada, a quienes les faltan el amor, un hogar acogedor. Y acogemos a sus padres, perdidos, confusos sobre qué hacer, ante los cuales cae todo juicio sobre sus responsabilidades frente a las dificultades de sus hijos.

También esto está en el ADN del Sagrado Corazón... tenemos muchos pobres de espíritu a quienes acogemos todos los días. Para ella, cada acto de paciencia, cada gesto de bondad hacia una alumna difícil era un modo de consolar el Corazón de Cristo. He aquí de nuevo el Corazón de Jesús, el Corazón de María.

Una amiga en el cielo

Es ante todo esto que Magdalena Sofía, de desconocida, se me ha vuelto amiga en el cielo. He leído mucho sobre ella, pero ciertamente no soy la persona más adecuada

para hablaros de ella. Y sin embargo, para llevar adelante una pedagogía que mira a cada alumno con lo que ella llamaba «dulzura fuerte», firmeza y ternura juntas, no se puede sino pedir ayuda a sus sabias raíces, sobre las que durante años no me había cuestionado nunca, y contárselas a los colegas laicos, que descubren el carisma desde la vida concreta.

Ante todo, la necesidad de mantener juntas acción y contemplación. Ella pedía a sus religiosas ser «Marta fundida en María», y escribía: «La vida interior es el fundamento de toda obra.» Sin el lado contemplativo no podemos afrontar en Cristo todo lo que la vida escolar nos exige: nos quebraríamos a los pocos días, y a menudo nos quebramos, porque somos débiles en nuestros caminos.

En esto encuentro siempre la belleza de este lugar y el signo de una gran Santa, que no se pone a sí misma en el centro, sino un corazón custodiado por Mater.

Gracias.